

El resplandor

1 de Septiembre de 1999

Paco Ariza

Había llegado temprano a su centro de trabajo, y tras los saludos de rigor, con los comentarios habituales sobre las vacaciones, los precios, el tráfico y el calor, había comenzado a trabajar. Aquel sería su curso, se encontraba pleno, con ganas y energías, las ideas le brotaban generosamente. ¡Era su curso! Había pedido en el concurso de traslados desde su colegio en el centro de Madrid a la escuela de las Yeguarizas, ubicada en un CRA. Ese mismo día la fue a visitar; era perfecta, tal y como la había soñado: su estufa de leña en un rincón lleno de humo y telarañas, las manchas de humedad cubrían las paredes, por algunas de las goteras entraba un fino hilillo de luz solar.

Sus sueños se hacían realidad.

Comenzó, con meticulosidad y concentración, a pensar en su programación anual, abrió su ordenador portátil y lo enchufó a la red, descubriendo que la instalación eléctrica había ardidado tras un cortocircuito provocado por una pertinaz gotera; no importó había llevado baterías de larga duración y le instaló la primera.

Se encontraba relajado, aquel paraíso, aquella luz, aquel viaje interminable plagado de curvas, baches y rodeado de precipicios, había merecido la pena. ¡Ójala hubiera concursado antes!, además le pagarían el kilometraje y el complemento de CRA, qué más podía pedir.

Como no podía usar la luz eléctrica, sacó su camping gas y le instaló “la camisa”, quemándola cuidadosamente; sería maravilloso trabajar por las noches bajo el sonido zumbón del gas al arder. Nada más pensarlo deseaba que aquel sol solitario cediera paso a la masa de estrellas, deseaba la noche.

Volvió al ordenador, tecleó con velocidad la fecha. Aquello era lo imaginado. Notaba cómo su piel se acentuaba y se volvía receptora de sensaciones nuevas, notaba las partículas de polvo irse posando con lentitud sobre sus brazos, besándolo, acariciándolo con lujuria desatada por los sentidos.

Estaba al ordenador, tecleando con velocidad frenética, sus dedos volaban sobre las teclas, iban del 1 a la *d*, de la *d* a la *e*, de ésta a la *s*, de aquella a la *e*, de la *e* a la *p*...

El curso transcurría con rapidez, llegaron las primeras nevadas, la aldea quedó incomunicada y sólo se conectaba con el ayuntamiento de Bogarra por la emisora que previsoraamente había llevado; todo marchaba perfecto, la estufa había que limpiarla todas las mañanas quitándole la ceniza, mensualmente todos los tubos almacenaban carbonilla y había que desalojarla pero nada importaba. Tras la partida de los niños volvía a su ordenador. Las baterías desaparecieron tras las horas de trabajo. Su programación continuaba, almacenaba páginas y páginas, que con cuidado y con mimo colocaba sobre la estantería que había hecho con antiguas cajas de fruta.

Los miércoles, durante sus claustros con los compañeros de CRA, echaba de menos su trabajo, notaba que perdía concentración, que las ideas parecían bloquearse, y necesitaba volver a su escuela. Le inquietaba hablar de actas, de coordinaciones, de equipos de ciclo, de actividades extraescolares... necesitaba continuar con su programación de aula. Los compañeros se interesaban por su trabajo, el inspector de zona había reservado una partida

